

Durante la accion, nos tuvieron á los prisioneros en medio de los cajones de pólvora, para volarnos en caso necesario, adonde venia con frecuencia el general Balleza á darnos las noticias segun las deseaba, anticipando para ello las voces de *viva Maria Santisima de Guadalupe*, las cuales repetia yo quitándome el sombrero, y él añadía que *mueran los gachupines*, y yo le respondia, *eso sí no digo yo*. En la primera embajada nos dijo, *ya murió el virey*: yo no lo creí, pero me horrorizaba la expresion: en fin, ya obscurecido, nos pusieron en marcha llevándonos á caballo, y encumbramos el cerro de las Cruces, acompañados de aquella multitud desenfrenada que no cesaba de repetir infamias contra todos nosotros por el destrozo y mortandad que habian sufrido, gloriándose al mismo tiempo de haber muerto á Trujillo, á Mendivil, Rodriguez, Bringas y á otros muchos; dadas que yo no podia desatar y que me llegaban al alma. Ibamos pisando cadáveres, y con la obscuridad se me representaba en cada uno, alguno de mis tiernos amigos, dignos de mejor suerte.

Llegamos á la una de la noche á Cuajimalpa, sin otro alimento que el de un pocillo de chocolate que habiamos tomado al amanecer, habiendo pasado el dia mas cruel, muertos de necesidad y sin tener la menor cosa con que alimentarnos, ni otro lecho ni abrigo que un mal capote.

Por fortuna, nuestras heridas estaban casi buenas, y pudimos emplear el repuesto de hilas y vendajes que traíamos, para las curaciones de Medina, Cosío y otros varios soldados nuestros, que supimos estaban heridos.

La mañana siguiente, dia de todos Santos, se nos aseguró que el inmediato entraríamos en esa capital, y que para hacerlo de paz iban á enviar de embajador al general Jimenez: yo que conocia al sugeto y sus fanfarronadas insultantes, me reía de la propuesta y mas de la eleccion. A éste le oí decir en Acámbaro con mucha desvergüenza que *era menester quitarse ya el rebozo; que ya habia llegado el tiempo de la felicidad é independencia, y que ya era menester verificarlo á lo Napoleon, á la capital, á la capital*; por estas expresiones vendrá V. E. en conocimiento del carácter del sugeto elegido para embajador, como ellos le llamaban.

Llegó el dia inmediato, pero no para verificar sus diabólicos proyectos, sino al contrario. Cuando siempre nos llevaban á la retaguardia del ejército, nos metieron á toda prisa en el coche, marchando á la vanguardia en retirada, para volver á encumbrar el cerro de las Cruces, y dejando á la retaguardia del ejército todos sus generales y artillería, lo que me hizo creer que temian alguna salida de esa ciudad.

Despues nos dijeron que la respuesta de V. E. á Jimenez ha-

bia sido de palabra, diciendo *que no admitia á nadie V. E. sino de guerra y con las armas*; pero segun se me explicaron otros mas reservadamente, lo que les obligó á la retirada fué, la contestacion que recibieron de algunos de sus emisarios: lo cierto es que la accion de las Cruces á mas de amedrentarlos, les dió de pérdida entre muertos, heridos y desertores mas de 20.000 hombres, y que con la retirada que hicieron de Cuajimalpa, se les desertaron otros 20.000 hombres, de suerte que quedó reducido su ejército á 40.000 hombres, y de ellos 15.000 de á caballo, que era la fuerza que tenia cuando la accion de Aculco.

Sus generales dudaban sobre sus resoluciones; estaban todos discordes, y aunque me dijeron que la detencion del ejército en los valles era para dar tiempo á reponer la caballada, no dejaba de penetrar que tenian algun otro designio y que se hallaban llenos de recelo: esto les hizo tratarnos con mas humanidad; y aunque varias veces se habian insinuado disimuladamente para que tomásemos las armas en su favor, particularmente con Rul, á quien desde el primer dia quisieron hacerlo general, la resistencia que siempre encontraron en nosotros y el desprecio de sus proposiciones los habia contenido; pero en los últimos dias de nuestra prision se declararon abiertamente, hasta llegar á decir algunos de ellos que pondrian el mando del ejército á mi disposicion; desprecié siempre sus ofertas, segun debia, sin embargo de que la triste situacion en que me hallaba, me impedia tomar abiertamente la venganza de semejante agravio, y me contenté con decirles, que mi desgracia me habia puesto en caso de ser enteramente inútil para las armas; pero que si me permitian pasar á la capital, intercederia con V. E. para evitar el derramamiento de sangre tan necesario en las actuales circunstancias para la seguridad de este reino.

Conocí que no habian despreciado del todo mi produccion, y que el miedo les haria aprovecharse de cualquier partido; pero, en fin, llegamos á la hacienda de San Antonio desde donde salimos al inmediato dia, segun dijeron, para Arroyozarco: íbamos Merino y yo en un coche de muy mal avío, y viéndonos el mariscal Aldama, nos dijo que con aquellas mulas no era posible hi-ciésemos la jornada, y le respondí: *Pues esto es á la salida ¿qué será dentro de poco tiempo que las mulas se cansen?* Entónces nos hizo apearse del coche y me hizo entrar en el suyo, donde encontré ya á Rul, y á Merino lo colocó en otro coche tambien suyo que iba adelante.

En las conversaciones que se ofrecieron, siempre nos manifes-

¹ Quiere decir, que era tan necesario evitar en las circunstancias de tener que estar el reino prevenido para defenderse de los franceses.

taba los deseos de una composición con V. E. para terminar la revolución; pero yo procuraba desentenderme, tanto por las disparatadas condiciones que se proponían, como porque conocía que había poco que confiar en la inconstancia de su carácter.

Aquella tarde vinieron á darle aviso de que venían llegando unos coches y gente de escolta, y dijo Aldama: *Este será mi hermano que viene á reunirse á nosotros con su ejército y familia.* Entonces me pareció regular brindarles á pasar en el coche de Merino para dejarlos solos, y accedió á ello verificándolo juntos Rul y yo. Llegaron en efecto como unos mil hombres de á pié y á caballo, el Lic. Aldama y su muger, juntamente con sus sobrinas las hijas de D. Juan.

A poco rato llegó un dragon á caballo muy asustado, diciendo que un ejército de gachupines iba entrando en Arroyozarco; que el cura y el ejército habían tomado el camino de Aculco, y que nosotros hiciésemos lo mismo.

Entraron todos en nuevo sobresalto, y como era tan malo el camino para coches y nos cojió la noche, no pudimos pasar una barranca para llegar al pueblo, y nos hubimos de quedar á hacer noche en un cerro muy elevado.

El Lic. Aldama y su hermano nos acompañaron en el coche grande rato: el miedo les hacia humillarse; pero sin desprenderse de echarlas siempre de guapos y suponer tener asegurados sus proyectos, pues aun cuando fuese arrollado su ejército por una casualidad, la suerte de los europeos en el reino seria siempre la misma que la de los franceses en España: ser dueños solo del pais que pisásemos.

Por la mañana seguimos el camino para el pueblo, llevando nuestro coche por delante á causa de que no tenían escolta: las señoras y demas comitiva se quedaron en una casa á la entrada del pueblo, sin que lo advirtiésemos, llegando nosotros hasta la casa del cura Hidalgo, que ya la artillería y multitud de indiada nos impedia el paso. Vimos salir á Allende con toda su comitiva y generales, y asomándome le dije que estábamos solos y sin saber adonde ir: nos hizo apearse del coche, y llevándome á su lado, me dijo al oído: *¿Sabe vd. que tienen vds. un ejército en Arroyozarco?* y le respondí: *¿Está vd. seguro?* á lo que añadió: *Tanto, que sus avanzadas nos han cogido anoche dos dragones.* Entonces le dije yo: *Irán para México;* y me respondió: *Si, porque hemos interceptado un correo del virey en que así se los manda.* Y le añadí: *Pues dejarlos pasar.* Entonces me dijo él: *¿Y si nos atacan?* A lo que contesté: *Pues qué les importa á vds. teniendo 40.000 hombres: vds. deben estarse quietos, y si pasan á Méjico dejarlos; pero si los atacan resistir.* Surtió mi consejo tan buen efecto, que en el momento se dieron órdenes para

poner avanzadas y salir al campo, y de lo contrario se hubieran marchado para Querétaro, que era lo que querían, y se hubiera retardado mucho nuestra victoria.

Las cuentas que yo me hice fueron estas: si el ejército viene con ánimo de ir á Méjico, les aconsejo bien; y si desean atacarlos, tambien. Me asombro y bendigo á Dios mil vecés, de ver como nos iba proporcionando la libertad, y es de advertir que Allende no nos habia vuelto á hablar, desde el primer dia que nos encontró en Indaparapeo.

Llegamos todos á la casa de las señoras de Aldama, donde nos dieron de almorzar, y entró poco despues el cura Hidalgo, á quien jamas he hablado, y abrazándole el Lic. Aldama, me acuerdo que le dijo: *Sr. Exmo., los indios están muy alzados: al pasar por el pueblo de San Felipe, he encontrado despedazados tres europeos y un criollo, todos con un papel de seguridad de V. E., y no permitieron que el cura les diese sepultura: si no se castigan estos excesos, estamos mal y cuando se quiera, no habrá quien los contenga.* A lo que dijo el cura: *No señor, es menester prudencia; nosotros no tenemos otras armas que nos defiendan, y si empezamos á castigar, al necesitarlas no las hallamos.* Despues añadió Aldama: *Estamos tambien rodeados de cobardes y traidores: ese bribon de Camargo, alcalde de Celaya, es menester ahorcarlo;* y el cura respondió: *si, si, ya trataremos de eso;* y se fué á saludar á las señoras.

A la cuenta no habia advertido que nosotros estábamos allí, y dijo: *hemos errado enteramente el golpe y todas nuestras medidas se han frustrado;* pero le hubieron de hacer alguna seña, y añadió: *porque hemos pasado muchos frios y malas noches, y hecho unas jornadas muy largas:* quiso remediarlo, pero no pudo: poco despues se tocó alarma, se marcharon todos precipitadamente, y nos pasaron á los tres prisioneros á la casa contigua; pero dentro de breves instantes se regresaron al pueblo. Hemos sabido despues que en junta que celebraron se decretó, que en el caso de perder la accion, nos degollasen, dando la comision á un sugeto que no se separó de nosotros hasta el último momento de nuestra prision, y en favor del cual conseguimos de nuestro general quedase libre.

Aquella noche, vispera de la batalla, nos visitaron Allende, el Lic. Aldama y su hermano D. Juan: el segundo nos leyó un papel muy extenso, suponiendo estar hecho para el señor arzobispo virey, diciendo en él mil oprobios de los europeos y desenvolviendo toda la ponzoña de su proyecto: quise interrumpirle varias veces porque no podia sufrir tal atentado; mas no lo permitió, y al concluir me solté contra él con unas razones tan con-

¹ Parece debe decir *por* y no *para*.

vincentes, que tanto él como Allende confesaron las fatales consecuencias y resultados de sus maquinaciones, y concluyeron *con que la cosa ya estaba hecha y que no tenía remedio, porque se les habían cerrado las puertas*. Presumí que esta expresión podría dirigirse al sentimiento que habían formado por no haberse oído á su embajador el jeneral Jimenez, y les contesté: *Pues llamar á la puerta, rempujarla*; y ya entonces variaron de tono, echándole la culpa de todo al bribon del cura Hidalgo (así le llamaron), pues quisieron desde Cuajimalpa habernos enviado á esa capital para que hubiésemos podido mediar con V. E.; pero que él se opuso y no lo permitió, y que sin embargo emplearian el resto de la noche en ver de convencer al cura, que en encaprichándose en una cosa, era difícil apearlo.

Se marcharon al campo, donde tuvieron toda la noche al ejército sobre las armas, y al amanecer del día siguiente fué á vernos el Lic. Aldama, quien nos dijo que no dudásemos que en todo el día se nos enviaria á nuestro ejército: continuó un rato mas en conversacion, y á eso de las siete de la mañana, entró muy sobresaltado su hermano D. Juan con las señoras, diciéndonos que saliésemos, que ya estaban prontos los coches. Nos sorprendió aquella novedad, y sin dar lugar á sacar nuestros colchones, se agarró de mi brazo la muger del licenciado, y de Rul y Merino las dos hijas de D. Juan.

Salimos prontamente á la calle, y vimos que las columnas de caballería de su ejército venian á todo escape diciendo que ya estaban los gachupines en el pueblo; y era tan falso, que cuando ménos distaban dos y media leguas; pero en fin, con el mayor riesgo de ser atropellados, llegamos á la plaza, donde estaban todos los coches, las mulas sin guarniciones y muy pocos cocheros, de suerte que el riesgo de ser atropellados continuaba, el miedo de ser sorprendidos por nuestro ejército crecia, y en la gran confusion en que todos se hallaban, me atreví á proponer que respecto á que indefectiblemente íbamos á perecer á los piés de sus caballos, tenia por mas oportuno el salirnos al campo, en donde si era cierto que nuestro ejército llegaba, nos recibirian con muchas cortesías y la mayor atencion.

Así lo íbamos á ejecutar; pero fué imposible cruzar una de las calles de travesía, porque las columnas de caballería lo impedían, y nos entramos en una casa, en donde nos dijeron los Aldamas, que la necesidad los ponía en la obligacion de ir á morir al pié de un cañon en caso necesario: que si la accion se decidía en favor de ellos, volverian, y que si la perdian, esperaban que las señoras serian tratadas con decoro. Les ofrecimos cumplirlo así, y mientras se despedían, entró el torero Luna diciendo: *Echenlos fuera que yo me quedaré con mis amas*: y D. Juan Al-

dama preguntó á las señoras: *¿Qué querian hacer?* á lo que respondió la muger del licenciado: *Nosotras queremos quedarnos con estos caballeros*; y Luna, echando fuego por los ojos, montó á caballo como un rayo y se marchó.

Nos repitieron los Aldamas su encargo, y nosotros la oferta de cumplirlo, dejándonos casi solos con las señoras, pues la escolta se componía de unos seis hombres con lanzas, el paisano que las acompañaba y que debía degollarnos, aunque nosotros lo ignorábamos, y un capitán.

Dispusimos que nos diesen de almorzar, y á eso de las diez de la mañana, ya se oían las cajas de nuestro ejército: me dijo la muger del licenciado "que como inteligente en las cosas de la guerra, le hiciese favor de subir á la azotea y decirle lo que me pareciese, tocante á las disposiciones del campo."

Lo hice así, y no puedo explicar á V. E. el gusto que me causó ver el buen orden y seriedad de las columnas en que nuestro ejército venia marchando. Me encaré hácia la loma en donde estaban situados los insurgentes, corriendo de un lado á otro y con la mayor gritería y confusion, y se me representaban una porcion de perrillos á vista del leon.

Volví á bajar y dije á la muger del licenciado: "Señora, segun la disposicion y buen orden que veo en nuestro ejército, y la confusion y gritería del de vds., creo que muy pronto tendré la satisfaccion de corresponder á los favores que vds. nos han hecho; repito que no tengan el menor cuidado, pues serán tratadas con todo el decoro correspondiente. Para conseguirlo, se hace preciso que desde ahora tome las disposiciones conducentes, debiendo ser la primera desarmar la escolta," y ella me respondió: "haga vd. lo que quiera."

Entonces, llevándome al patio al paisano que las acompañaba, dije á la escolta que si no querian ser pasados por las armas de los nuestros, me entregasen las que tenían, y obedecieron; las que encerré en una pequeña pieza, y aseguré la llave. Todo lo iba disponiendo la Providencia á favor de nuestra libertad.

Empezaron los tiros de cañon y nos pusimos á rezar el rosario, sacando al mismo tiempo el reloj para ver lo que duraba la batalla, y por los tiros nuestros conocia que nuestra artillería ganaba el campo.

Enveinte y dos minutos cesó el fuego; abrí la ventana y advertí el campo solo, infiriendo que los nuestros se habían ido persiguiendo al contrario, y que solo se había quedado una partida de diez y seis hombres de á caballo, que iban recojiendo prendas perdidas. Deseaba hacerles señas con un pañuelo porque temia que nos dejaran allí, pero no queria que lo viesan los de adentro; y en fin, bajó una criada de la azotea diciendo, que ya unos

gachupines habian llegado á la iglesia para que repicasen, y las campanas nos confirmaron inmediatamente esta verdad.

Hice que las señoras entrasen en la recámara, puse un hombre junto á la puerta para que me avisase luego que llamasen; providencias que debia tomar por parte de la plebe, hasta vernos en poder de los nuestros, y en efecto no tardó en llegar una partida, que golpeando en la puerta, hice que saliese Merino para ayudarme á abrirla, y el capitán Tello que habia traído de España de cabo para sargento, fué el primero que me abrazó. Le dije que tenia allí á las señoras de Aldama, y envié al teniente Ibarra de mi regimiento con un recado al general, diciéndole que ya teniamos la satisfaccion de estar en poder de los nuestros. Que igualmente estaban con nosotros las señoras de Aldama, y que deseaba se les tratase con el mayor decoro.

Al instante bajaron todos, y el gusto que tendriamos de verlos y abrazarlos, lo dejó á la penetracion de V. E.

Se les dió á las señoras su libertad, y un seguro del general para que se fuesen donde gustasen con los que las acompañaban, pidiendo encarecidamente la muger del licenciado antes de irse, que no olvidase el encargo de su marido, y que procurase para el efecto marchar á Méjico: así se lo ofrecí, pero advirtiéndole que en la batalla habian sido enteramente derrotados, perdiendo en ella toda su artillería, provisiones, dinero, coches, y en una palabra, todo cuanto tenian, y que por tanto lo único que podria solicitar de V. E. era un indulto; y entonces me añadió: "Y vea vd de que llamen á mi marido con las seguridades correspondientes:" le contesté que seria difícil conseguirlo, pero que pondria los medios para ello.

Ya he dicho á V. E. el motivo que me impidió el cumplimiento de esta promesa, en virtud de la cual se servirá V. E. resolver lo mejor.

Nosotros nos quedamos llenos de júbilo entre nuestros amigos, no cesando de dar gracias á Dios por tantos beneficios.

Aunque he procurado detallar los hechos principales, me habré dejado mucho por decir, y por la falta de energía y de expresion habrán quedado los sucesos débilmente explicados; pero espero que la velocidad de las victorias de nuestro ejército nos conduzca á esa capital, donde á voz viva pueda satisfacer mejor la curiosidad de V. E.--Dios guarde á V. E. muchos años. Guanajuato, 12 de Diciembre de 1810.--Exmo. Sr.--*Diego Garcia Conde*--Exmo. Sr. D. Francisco Javier Venegas.

Esta relacion no ha sido impresa: hay muchas copias manuscritas con algunas variantes de poca importancia.

DOCUMENTO NUM. 19.

LIB. 2.º CAP. 3.º FOL. 502.

Cartas del comandante de insurgentes José Mariano Anaya, excitando á la revolucion á los pueblos de Ixmiquilpan y Jilotepec.¹

Sres Gobernadores, Republicas y Principales del pueblo de Ixmiquilpan.--Hacienda de el Cazadero y Nov. las cinco de la tarde de el 23 de 1810.--Muy Sres mios: de parte de los Excelentissimos Sres D. Ygnacio Allende y D. Miguel Ydalgo Saludo á Vds. y les participa que los quatro Exercitos de D. Narciso Canales y D. Juan Maria Boragan de el Generalissimo Allende La generala de los Yndios flecheros opalapas D. Teodosea Rodriguez están ia prontos p. batir á Queretaro y de ai seguir á Mexico á cuidar al angulo Americano q. le ba á atacar sino lo ha hecho ya la ciudad de Mexico y solo viene para ayudarnos á batirles á los Gachupines q. estan en Huichapan D. Jose Man el de la Estancia grande con quatro mil flecheros p lo q. suplica S. E. á Vds. q. junten toda su indiada y la remitan en el dia Sin perdida de tiempo á Juechitlan á disposicion de los Sres Mendieta quienes les señalarán paraje p el acampamento y les ministraran todo lo necesario estandose entendidos q. los Gachupines les pusieron un correo á el Frances Buena Parte p q benga á acabar con los Criollos cuio correo se cojio en el Puerto de Tampico y lo trae preso S. E. con cincuenta hombres que lo acompañaban y las cartas q portaban p satisfacer al Reyno de q. S. E. no defiende otra causa q. de la Religion y la Patria y quitar de el Reyno unos hombres q despues de haberse mantenido en el con el Gobierno y echos amos ministros tienen balor p. entregarlo en manos de sus Enemigos: haga Vd favor de poner la adjunta carta en manos de D. Miguel Olguin p q comboque á todos los vecinos de razon q en el instante se junten con Vds con sus caballos y armas á el paraje ia citado estando Vds al cuidado de que cumplan con lo que les ordena: espero pronto respuesta y q como llevo dicho salgan imediatam y manden en quanto gusten á este su afectissimo servidor Q. S. M. B.--El Com. de America Jose Mariano Analla--P. D. Conteste Vd de primero de palabra á al-

¹ Se han conservado los errores de que hacen conocer la clase de sugeto ortografía que se notan en el original, que era el autor.